



Número suelto, DOS REALES



SUMARIO

Portada (en colores). — Jesús devolviendo la vista á un ciego, por El Greco. — El Parador de los Tres Cuervos, traducción de M. L. — Del barrio de Maravillas, por Carlos Vazquez. — Los rayos de Becquerel, por el Dr. Casimiro Brugués. — En la linde del bosque, por F. Domingo. — De lenguas tierras, por Manuel Lassala. — Dos dibujos de J. Cardona. — La alegría de la casa (fotografía). — Los caídos, por Manuel Ugarte. — Devota, por A. Mas y Fondevila. — Los Nibelungos. (Continuación). — La Riña, por J. L. E. Meissonier. — A ella, por Narciso Díaz de Escovar. — Fotografía artística, (3 grabados). — Archivo menudo. — Lo que se lee. — Ajedrez.



EL GRECO

JESUS DEVOLVIENDO LA VISTA Á UN CIEGO. (MUSEO DE PARMA)

El Parador de Los Tres Cuervos

POR H. D. LOWRY. TRADUCIDO DEL INGLÉS POR M. L.

I

LBA yo caminando entre abertales, por una tierra desolada y pantanosa; de trecho en trecho, la vereda rozaba las lindes de raquílicos pinares en los cuales el viento había dislocado y retorcido los troncos; algunas cabañas iba encontrando también, muy pocas, construidas de adobes y con la techumbre de bálogo. La mañana había sido poco divertida; entre doce y una empezó á lloviznar para que fuese más incómoda la frialdad del viento, y mucho antes de que cerrase aquella melancólica tarde de invierno, ya estaba yo calado hasta los huesos y helado hasta el mismo tuétano. Figuraos, pues, la alegría con que divisé el alto campanario ceniciente que domina el lugar de Tresennis y, poco después, las casitas blancas de la misma aldea. Nunca había notado que las millas tuvieran tan desmesurada longitud, pero las dos ó tres que me faltaban fueron realmente desesperantes, pues mi caballo cojeaba, tan rendido y apabullado como su dueño.

Con todo, no dejaba de reanimarme el pensar en el recibimiento que tendría mi persona en el mesón de «Los Tres Cuervos.» Diez años largos habían corrido desde la última vez que me alejé de allí, pero en épocas anteriores solía visitar aquella comarca con bastante frecuencia y no se me olvidaba, no, la simpática y rubicunda paz del polderso, Josué Penhallow, ni el buen trato que se daba en aquel parador. Mas la suerte y destino común de todas las cosas es ir mudando, y las mudanzas suelen en su mayoría ser de lento proceso; así es que, por lo regular, las circunstancias no tienden á darnos aviso claro de la celebridad con que menguan los pocos años de nuestro saldo de vida. Pero diez años son verdaderamente una sima abierta en el tiempo, y al fin se me ocurrió que bien podría suceder que «Los Tres Cuervos» ya no fuese aquella hostelería que yo recordaba. Al aparearme y entregar el caballo al mozo de cuadra, tuve el consuelo de ver que no había desaparecido de su sitio el rótulo antiguo, aunque la intemperie lo tenía bastante maltratado. También se me antojó que la casa se había deteriorado mucho durante los diez años de mi ausencia y que no iba á encontrar en ella más que una sombra de su pasada prosperidad, aunque me rondaba algún escrúpulo de que tuviesen parte en esta desfavorable impresión el tristísimo cáriz del tiempo y la fatiga abrumadora del momento.

Apenas hube entrado, la sorpresa me salió al encuentro: en vez de Penhallow vino á recibirme un hombre extraordinariamente embutido en un traje negro estrechísimo; un hombre alto y blanco, totalmente afeitado, de facciones

pálidas y enjutas. Movíase con estudiado amaneramiento y marcaba trágicamente las palabras, realzándolas con abundantes ademanes. Mejor hubiera parecido aquel sujeto en un barracón de cómico de la legua que en una modesta posada campesina, y así, todo aterido, mojado é intranquilo, me puse á imaginar que aquel recibimiento y aquella escena de mi llegada al mesón, más que á la vida real, pertenecían al prólogo de algún drama lastimoso representado ante expectadores invisibles. Y miré á las ennegrecidas paredes que me rodeaban, con temor de que no fuesen otra cosa sino tela pintada.

— Buenas tardes, señor — dijo el patrón. — En muy mal día se ha puesto V. en viaje, y comprendo que viene V. de lejos.

— Larga ha sido la caminata — contesté — y el día una condenación insufrible. Tengo frío, estoy mojado y me muero de hambre. Vea como hacer una fogata con buenos tizones, enseguida, y que sea en el mejor cuarto que V. tenga. No haré más que mudarme la ropa y ya estaré listo para la comida.

— Todo se hará al momento.

Llamó á un criado y le dió órdenes. La escena me pareció completamente teatral, trabajada con un artificio demasiado visible para ser de mi real gusto.

— Bueno será — dijo volviéndose á mí de nuevo — bueno será tomar alguna precaución contra los efectos del frío y de la mojadura. Voy á darle á V. un cordial.

Y luego, mientras yo saboreaba el humeante confortativo (solo Penhallow, el viejo, tenía el secreto de hacer llegar coñac exquisito hasta aquel mesón de Cornuailles) hablamos un rato.

— Puesto que lleva V. diez años sin recalcar por acá — dijo el patrón — va V. á encontrar novedades. En primer término, es de saber que han abierto otra carretera hacia Poniente, y por lo mismo ya no pasan las diligencias por Tresennis. «Los Tres Cuervos» se han resentido mucho de esta mudanza, pues con los coches el negocio ha variado de rumbo. En segundo lugar, mi padre murió de apoplejía seis años ha; por lo cual mi madre, envejecida del golpe, me escribió que viniese á encargarme del parador, lo cual es causa de que en vez de hallarme ahora representando tragedias en Bath, esté aquí sirviendo jarros de cerveza clara ó, para los mejores parroquianos, copas dobles de aguardiente. Pues aunque nací bajo este techo y no hube menester enmendar el rótulo antiguo cuando me adueñé del mesón, á duras penas puedo contarme entre los naturales de esta aldea. Cerca de treinta años he vivido

lejos de aquí, y en todo este tiempo mi profesión ha sido la de actor, no sin algún lucimiento. El célebre Mr... Pero estoy cansando á V.: basta con lo dicho para que V. comprenda cómo es posible que un hombre como yo ocupe el lugar de un hombre como mi padre.

Creo que hubiese continuado por su gusto y hasta que hubiera dado pormenores de sus triunfos escénicos, pero en aquel momento se oyó una voz que desde fuera le reclamaba. Mirando por la ventana, vi á un labrador curtido y toscamente trajeado, jinete en un caballejo bayo de pelo revuelto, el cual agricultor aguantaba pacientemente la lluvia.

— Con permiso de V.— dijo el mesonero — y un instante después le vi también aguantar la lluvia, bajo la muestra que rechinaba al empuje del aire; hablaba al jinete con suma seriedad y gran copia de gestos enfáticos. El labrador le escuchaba con atención estólica. Un momento después picó espuelas, habiendo recibido instrucciones, y cuando el patrón estuvo de vuelta é iba á entrar, la moza vino á avisarme que ya estaba el cuarto arreglado.

No me entretuve mucho en soltar la ropa mojada y ponerme la seca, pues me apretaba el deseo de llegar pronto á la manduca. La comida fué excelente en cuanto cabe y yo me sentía poco inclinado á los melindres. Apenas coló el último bocado, me arrellané en la silla y me eché á discurrir en lo agradable que es la vida y en que no valía la pena de acercarse más al fuego. En esto volvió á entrar el patrón y, después de preguntarme si había comido con apetito, se soltó á platicar sobre otro asunto con remuchísimo misterio.

— ¿Es V. por casualidad aficionado á los dramas?

Y al decirme esto me hurgaba curiosamente con la mirada.

— Hombre, sí — le contesté — Tengo muchas ocupaciones, pero si la obra es buena, si los artistas se lucen...

Me interrumpió.

— Cabalito, entendido; no diga V. más. Ea, sepa V. que soy el único actor entre todos los chapuceros de estos lugares. Pero hay ocasiones en que no debe desdeñarse la mediocridad, puesto que lo bueno no es asequible al halago ni á la dádiva. Además, aunque mi compañía está compuesta de los aficionados más torpes del mundo (y la torpeza siempre ha sido achaque de aficionados) el drama que tiene que representar se sale mucho de común, pues es drama y realidad á un tiempo mismo.

Hizo una pausa.

— No entiendo — dije yo.

— Claro, permítame V. que le cuente todo el caso. Hoy es un día tétrico, cual corresponde al aniversario de un tétrico suceso. Hoy hace un año, día por día, que un joven de este lugar, muy conocido y estimado de cuantos frecuentan nuestra tertulia, en el recibidor de abajo, sufrió pena de horca como asesino siendo sin posible duda inocente.

— ¿Tiene V. pruebas de su inocencia?

— Irrefutables. Le conocíamos bien: por ser huérfano desde niño, vivió aquí durante muchos años con un tío suyo, el cual era ya viejo y poseía un pequeño cortijo á tres millas de Tresennis, en el camino de Tregear. Un día riñen-

ron y Ricardo, á quien siempre se tuvo por heredero del cortijo, se vió precisado á convertirse en chalán sin más caudales que unas cinco libras. Naturalmente, él hablaba pestes del viejo, pero todo ello no era sino corajina pura y arrogancias de mozo; mala intención no tenía, ó hubiera puesto más recato en sus palabras. Pero todas las tonterías que se le fueron de la lengua se volvieron contra él el día en que la criada del viejo se lo halló muerto en la cocina, con un horripilante tajo que le partía la cabeza. A Ricardo le perjudicaban mil detalles: habíasele visto en las inmediaciones del cortijo en hora más ó menos próxima á la del crimen y la declaración de Dusha Caruell, su *lucero*, acabó de estropearlo todo. Juró Dusha que Ricardo había



ido allí á cortejarla y que estuvieron juntos hasta mucho más tarde de la hora en que se encontró el cadáver, pero bien sabido era que los amortos de Dusha, hija de padres pobres y nada honrados, habían sido la causa del rompimiento entre el tío y el sobrino. De modo que se puede decir hasta cierto punto que Dusha fué quien ayudó á que lo ahorcasen.

— Pues entonces — dije yo — si Ricardo era inocente, hay algún otro individuo que es doblemente culpable. ¿Tiene V. sospechas? ¿No hay nadie que haya tenido motivos para odiar al viejo ó para sacar provecho de su muerte?

La cara del mesonero tomó una expresión mucho más misteriosa.

— ¿Sospechas? Lástima fuera que toda la gente de un pueblo no llegase más que á la sospecha en doce meses de hablar de lo mismo. Se descubrirá al asesino, porque

las víctimas son dos ó, mejor dicho, tres, ya que sería preferible para Dusha estar en el otro barrio que verse como se ve. Para acabar, señor mío, sepa V. que los bienes del difunto fueron á parar á otro sobrino, primo del ahorcado; á un propietario de la aldea que suele venir á nuestra tertulia las más de las noches. También forma parte de mi compañía: esta noche es el protagonista, pero él no lo sabe.

— ¡Zambomba! — dijéle al patrón — Me ha picado V. la curiosidad por modo increíble, aunque á fé que no atino cual es el plan que lleva V. entre ceja y ceja. Mucho me gustaría ver ese drama.

El actor sacó del bolsillo un gran reloj de plata.

— Son poco más de las cuatro. Hay muchas cosas que preparar y mi compañía estará ahora reuniéndose. De manera que lo mejor será que se entreteenga V. fumando y bebiendo hasta que den las seis y entonces déjese V. caer por el recibidor como quien no lo hace. Tome V. asiento al lado del fuego y condúzcase como si nada supiese del crimen y como si yo no le hubiese prometido un buen rato de teatro. Verá V. como cumple mi palabra.

Y se volvió para irse, pero al llegar á la puerta retrocedió y vino á decirme en voz baja y medrosa:

— Se me ha olvidado una cosa importante. El ahorcado Ricardo Vivian, tenía un rasgo muy particular: una sonrisa constante. En cualquier situación, alegre ó triste no podía menos de sonreírse; no lo podía remediar; la sonrisa era en su cara como una cicatriz imborrable. Mientras duró su juicio no cesó de sonreír; delante del jurado se mantuvo pálido y sonriente; no varió un ápice su sonrisa cuando el juez lo condenó á pena de horca; indudablemente, tendido en la fosa conserva todavía su horrible sonrisa... Y ahora le ruego que, según le he dicho, obre como si no estuviera enterado de nada, tomando las cosas como vengan, sin dudas y sin preguntas.

Dicho lo cual, fuése... por el foro.

Durante algunos segundos el misterio que entrañaban las palabras del mesonero, y especialmente la imagen de aquel cadáver con la espantosa sonrisa esculpida en su faz, aun dentro de su deshonrosa tumba, tuviéronme nervioso é impresionado. Pero luego hize por reír en voz bien alta.

— ¡Cuerno de hombre! — añadí muy recio — ¿Quién habría de creer que el buen Josué tuviese un hijo tan es- trambótico?

II

No me había hecho bastante cargo, mientras el cómico peroraba, de la extraña incoherencia de semejante relato. En puridad, lo único claro era que cierta gente de aquel contorno coincidía en creer inocente al hombre que subió á la horca por asesino; también parecía evidente el común acuerdo en sospechar que el crimen fué obra nefanda de cierto otro sujeto. Pero descartados estos dos puntos, el resto del cuento se me presentaba como desvarío insinué ó como vaciedad impertinente, y así lo estuve discurriendo al amor de la llamarada carminosa que brotaba de los tizones.

Mas no tardé en desechar estos pensamientos y en aten-

der á otros relacionados con el importante asunto que me había llevado á aquellos lugares, pues solo me quedaba una jornada hasta Tallywarn, término de mi expedición. Al fin me venció el cansancio y acabé por dormirme. Despertóme el estrépito impensado del alto reloj de caja colocado al volver de la puerta y oí las seis, la hora convenida para que yo bajase á tomar parte en la tertulia. Encendí de nuevo la pipa y, á oscuras, me fuí descolgando por los crujientes peldaños y, tentando la pared, encontré por fin la puerta.

El recibidor del mesón era bajo de techo y contenía muy pocos muebles. El revestimiento de roble viejo dábale un tono sombrío muy singular; las luces eran pocas y observé que las bujías de las cornucopias habían sido apagadas. A cada lado del anchuroso hogar campeaba un escaño de encina y, cuando abrí la puerta, dióme en la nariz el delicioso aroma del fuego de turba. El mesonero hallábase de pie en frente del fuego, con una mano apoyada en la monumental consola de la chimenea; su espectral y des- carnada figura volvió á impresionarme por el mero hecho de desviar hacia mí su rostro, interrumpiendo la conversación entablada con un hombre sentado en el rincón más oscuro del escaño. El desconocido, por el traje, parecióme un agricultor, pero de la cara no pude sacar nada en limpio.

— Un viajero aburrido en las soledades de Cornuailles — dije dirigiéndome al patrón — no es posible que se albergue en esta casa sin sentir que el aburrimiento mayor es estar solo. Me he tomado la libertad de traer la pipa y espero su venia para beber una copa con V. y con sus amigos.

— Perfectamente — contestó él, saludando como en el teatro. Tenga V. la seguridad de que será muy bien recibido. No hay duda en que traerá V. noticias frescas de Londres. Pero... permítame que le presente á este caballero. El Sr. Diego Vivian, un hombre que sabe cantar una canción ó referir un sucedido como el más pintado entre los mejores en cualquier velada ordinaria, aunque hoy (si me es lícito entrometerme á excusarle) no es presumible que esté de buen humor. Tuvo algo que ver en la historia que le he contado á V.; el interficto era tío suyo y el pobre Ricardo Vivian era su primo. Naturalmente, esta noche el estado de su ánimo no es placentero.

Parecióme que esta presentación era rematadamente torpe.

— Comprendo — dije al fin — la situación del Sr. Vivian. El joven, según se corre, fué víctima de la maldad de otro y me explico que sus amigos estén apenados esta noche.

— Mucho — saltó Penhallow — Pero los sentimientos de los amigos son tortas y pan pintado en comparación con los que deben de atenazar al asesino, porque todo se descubre y no hay criminal que en el silencio de su corazón no oiga la voz que se lo advierte.

El personaje sentado en el escaño no había dicho aún esta boca es mía: largó un carraspeo como para limpiar el gaznate, y saludó con la cabeza levemente. Ví que tenía la color terrosa y que ponía una cara huraña y estúpida; hablaba despacio, tropezando y, á mi entender, de mala gana.



— Sí, sí,— dijo — es terrible, es terrible pensarlo. Yo no puedo creer que aquel pobrecico lo hiciese. Y sin embargo... las pruebas, las pruebas bien lo dicen.

El posadero me lanzó una mirada significativa y tomó la palabra, impacientemente.

— ¿Qué pruebas ni pruebas? el carácter del chico es bastante prueba para mí y para todos los que le han conocido. Es como si me dijesen que V. es quien lo hizo y quien dejó que colgasen al otro.

Dió media vuelta y se puso á despabiliar las luces. Otra vez me llamó la atención el escaso número de ellas y las sombras que invadían los rincones. En esto oyérone las fuertes pisadas de alguien que se acercaba por el corredor embaldosado, una voz hombruna y poderosa dijo algo al cruzarse con alguien en el pasillo, después se oyó tentar en la puerta, luego sonó el picaporte y vi entrar á un hombrachón ajigantado y rollizo, con la barba de tres días, mandíbulas salientes y estrecho bigote negro. Echó una mirada en torno.

— Buenas noches, Josué — dijo al patrón. Y tras una ojeada al escaño :

— Salud, Sr. Vivian, muy buenas noches. Tomaré una copita de ginebra, Josué. La costumbre, lo de todos los días; pero, ahora que pienso, mejor será que vuelque V. la botella algo más de lo usual, porque con este perro de tiempo está uno acobardado.

Y se sentó á la mesa, echando sobre ella su enorme brazo carnoso y se puso á tamborilear con los dedos.

— Vaya un día endiablado — añadió. Y siguió tocando el tambor. Entonces, en medio de aquel silencio me percaté de que el hombre del escaño miraba fijamente al recién llegado desde su oscuro rincón. Miréle también yo más atentamente y una mezcla de sorpresa y de disgusto se apoderó de mí. ¡Había algo tan violento, por decirlo

así, en sus facciones! Al momento comprendí que aquella cara tenía la misma particularidad de que me había hablado Penhallow, la sonrisa del ahorcado. El efecto era horrible, repugnante, por la incongruencia de las facciones.

Aquel silencio, sólo interrumpido por el tamborileo de los dedos sobre la mesa, comenzaba á hacerse intolerable. Oímos que el mesonero daba la bienvenida á alguien en el pasillo y entraron luego juntos. Penhallow traía el licor que se le había pedido. El nuevo tertulio era de poca estatura y de no muy robusta facha; su rostro pálido, el pelo y la barba negros, con alguna pincelada cana; movíase con parsimoniosa blandura y en sus ojos pardos se revelaba un observador sagaz.

— Muy buenas noches, caballeros.

Y dirigiéndose al hombre corpulento:

— Salud, Juan, ¿cómo se va tirando?

— Pues, — dijo el otro, alzando la vista y tomando el vaso de manos de Penhallow — como siempre. Pasando, nada más que pasando. Lo cierto es que en todo el día he tenido sosiego, sólo de pensar en el pobre Ricardo Vivian: hoy hace un año que lo ahorcaron.

— Sí, añadió el de la barba. En eso mismo venía yo también pensando al cruzar la marisma en tarde tan lluviosa y triste.

Y sin decir más, tomó asiento en tal postura que la luz de las velas le daba de lleno y el hombre del escaño podía ver que también aquel próximo llevaba en la cara la horrible contorsión del primero. Comparando los dos visages, se podía creer que lo que en el uno era defecto físico espantoso, en el otro era picardía desvergozada. Pero en ambos la sonrisa era repugnante á causa de su agresiva violencia.

El silencio iba creciendo, cada vez más tirante. El hom-

bre acurrucado en el oscuro rincón del escaño dejó oír una aspiración que lo mismo podía ser un suspiro que un sollozo. É inmediatamente entró un nuevo tertulio; el labrador á quien pocas horas antes había yo visto conversar con Penhallow en la puerta de la posada.

— ¡Ginebra, ginebra! — gritó con áspera jocosidad. Estoy chorreando; vengo hecho una sopa. Esta es noche para ahogarse las gaviotas. Ojo avizor, Josué, no me dejes coger un reuma de muerte.

Y al sentarse, lejos del amigable escaño como los otros, se vió que traía en su cara curtida la espeluznante sonrisa. Trataron estos de trabar conversación con él mientras el posadero se apresuraba á servirle, pero yo comencé á ver la trama de la función prometida y compadecí sinceramente al miserable que, sentado cerca de mí, se ocultaba en la negra sombra del escaño. Hay cosas que no debieran hacerse pasar ni al hombre peor. Adiviné que ya estaba agobiadísimo por un miedo espantoso y me asaltaron algunas dudas sobre el probable desenlace, no ensayado, de aquella farsa siniestra.

Volvió el mesonero, y con él todo el resto de su hórrida compañía: sobre media docena de rudos e inuctos varones que ostentaban en sus rostros el feo visage característico de aquel Ricardo que murió en horca vil un año antes. Unos lo hacían bastante bien, otros eran más torpes, tanto que un niño hubiera comprendido que aquello no era más que un disfraz, pero todos habían hecho tiempo en los alrededores, todos habían bebido y muy pronto se armó un vocero tremebundo. En aquel tumulto y algarabía, la figura de Penhallow no cesaba de ir de un lado á otro, ni yo podía apartar el pensamiento de la angustia de aquel hombre que tenía enfrente.

Una vez ó dos alguien me dirigió la palabra y yo hice por contestar, pero no fuí más que un espectador del horrible drama. Y á todo esto, Diego Vivian no se movía de su oscuro rincón, inescrutable y sombrío. Y cuando la confusión era mayor, admiróme el notar que Penhallow había desparecido de la escena: hubo un cambio súbito en aquella gente, á quien faltaba la dirección del trágico, y además los ensayos nunca habían pasado de aquel punto y esto fué parte á que, no obstante la excitación de los licores, se mostrasen corridos y avergonzados. Aquel recibidor tenebroso fué como un escenario lleno de actores que hubiesen olvidado el papel y no tuvieran apuntador. Uno ó dos se corrieron con algún chiste tabernario, pero los demás no tenían ganas de reírse y pronto se contagieron el torpe temor unos á otros. Durante algunos minutos nadie habló. Pude oír la apresurada respiración del hombre del escaño, aterrásimo, como si el espantoso fuese en realidad una mano de carne y hueso que le atenazase la garganta. La compañía sentada en torno, no le quitaba el ojo, con aquella infernal sonrisa petrificada en cada uno de los rostros pálidos. Mirábase yo también y, por momentos, sentía que me embargaba la opresión del mismo terror que á él le volvía loco.

Un silencio de muerte reinaba allí. Afuera, la lluvia goteaba lentamente y el viento extremecía las ventanas, sacudiendo las maderas con petulante rabia. Oyóse el aullido de un perro, pero no insistió, como si el miedo lo

acallase; resonó un gran portazo en el zaguán vacío. En esto se abrió la puerta y entró un nuevo personaje.

Me volví á él con súbito temblor. Indudablemente, aquel hombre no podía ser otro que el mesonero, Josué Penhallow; pero su traje negro tan ceñido hallaba sustitución en la indumentaria de un labrador acomodado y había en su cara otros artificios además de la sonrisa fija.

Todos se pusieron de pie, menos el hombre del escaño que siguió agazapado en la sombra. Penhallow tuvo un instante la mano en la puerta, mientras le miraba sin chistar. Las contorsiones y visajes de su cara eran impoñentes; de pronto cerró la puerta tras sí y fué en derechura á donde estaba el mísero Vivian. Irguióse y le habló con voz semejante á un lamento de ultratumba:

— ¡Diego! ¡Diego! ¿Piensas acaso escapar de la horca porque ha corrido un año desde tu segundo asesinato?

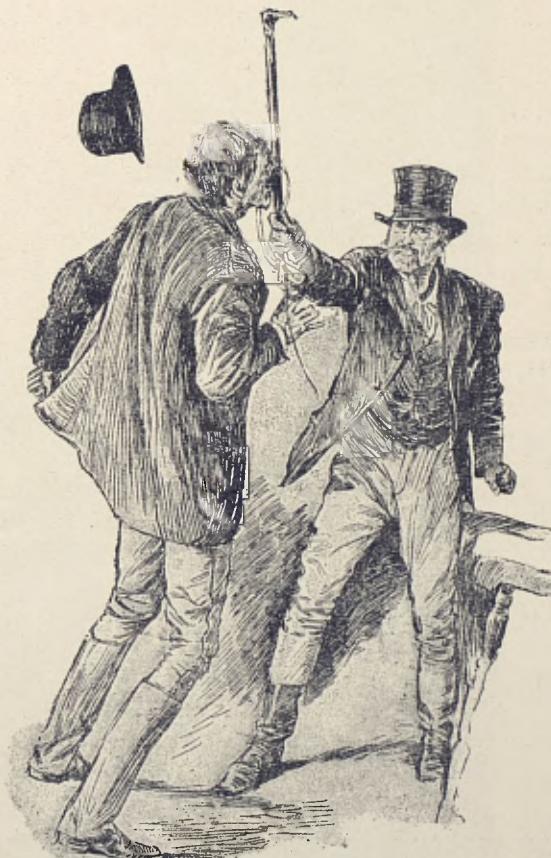
Pausa. Silencio prolongado.

De repente Vivian prorrumpió en una frenética risa y, de un salto, se echó sobre Penhallow y le pegó en la cara.

— ¡Yo te ví ahorcar! — gritaba — ¡Difunto! ¡Difunto! ¡Atrás! ¡Atrás!

Arrojáronse aterrorizados los presentes á proteger á Penhallow, pero costó algún trabajo domeñar al furioso y, hasta después de atado, siguió bregando y delirante, porque decía él á gritos, no había ley para que su primo, un hombre muerto, viniese á entrometerse en los asuntos de los vivientes.

— ¡Difunto! ¡Difunto! — estuvo vociferando toda la noche — ¡Yo te ví ahorcar! ¡Vuélvete con los muertos!





CARLOS VAZQUEZ

DEL BARRIO DE MARAVILLAS

LOS RAYOS DE BECQUEREL

LA casualidad desempeña un gran papel en la historia de los descubrimientos científicos. Muchas veces, cuando un físico ó un químico están haciendo experimentos partiendo de una idea preconcebida, se les presentan de repente nuevos hechos que les abren nuevos horizontes y permiten descubrir secretos de la naturaleza en los cuales ni siquiera habían soñado. Pero, tengan en cuenta que raras veces favorece la casualidad con descubrimientos de esta naturaleza á los que no trabajan. El hombre que trabaja, que investiga, ve á menudo premiados sus esfuerzos con un rayo de luz que le enseña iguorados caminos, cuando tal vez había perdido la esperanza de hallar nada que satisficiera sus deseos y que colmara sus esperanzas.

Por casualidad descubrió el doctor Röntgent, de Würzburg los maravillosos rayos que llevan su nombre. Cuando fueron conocidas las portentosas propiedades de tales rayos, los físicos trataron de fijar cual era su naturaleza y cual era su origen. Entre las diferentes hipótesis para explicar esta última, surgió la de atribuirlo á la fosforescencia de la pared interna del tubo de vidrio en el cual saltaba la crispera eléctrica en el vacío. La hipótesis no resultó comprobada; pero, en cambio, dió lugar á un nuevo y sorprendente descubrimiento: los estudios de los rayos Röntgent condujeron á los rayos de Becquerel.

Becquerel trató de averiguar si los cuerpos fosforescentes ó fluorescentes tienen la propiedad de emitir rayos de Röntgent, y descubrió que el sulfato doble de potasio y de urano actúa á distancia y á través de pantallas opacas sobre las placas fotográficas, de lo cual se deduce que aquella sal emite ciertas radiaciones comparables á los rayos de Röntgent ó rayos X. Pronto reconoció Becquerel que no debía atribuirse el hecho á la fluorescencia de la sal de urano, porque no es necesario someterla previamente á la acción de la luz para lograr que actúe sobre la placa fotográfica, y también porque el mismo metal urano, que no es fluorescente, presenta igualmente tan singular propiedad. Se puede conservar en la obscuridad durante meses enteros la sal de urano sin que pierda lo que podríamos llamar su poder radiante propio.

Los rayos de Becquerel se parecen mucho á los de Röntgent, y como ellos marchan en línea recta sin reflejarse ni refractarse como los rayos luminosos. Son, si cabe, más misteriosos en su origen que los rayos X y á pesar de los numerosos trabajos de dife-

rentes sabios, sigue siendo un enigma la fuente de donde procede su singular energía.

No sólo los despiden el urano y sus compuestos, sus minerales y sus sales; los compuestos y los minerales de torio tienen igual propiedad que ha recibido el nombre de *radio-actividad*: Aun cuando sea ésta débil puede reconocerse mediante una placa fotográfica encerrada en una caja formada de plancha delgada de aluminio para evitar toda causa de error. Si la radio-actividad es muy marcada puede ponerse de manifiesto con las mismas pantallas impregnadas de cianuro doble de platino y de potasio que se usa para los rayos de Röntgent, y que se vuelven luminosos por su acción.

El estudio químico-analítico de algunos de los minerales radio-activos conocidos, permitió obtener un metal, muy parecido en sus propiedades al bismuto que es cien veces más activo que el urano, y como el bismuto es inactivo se considera el hecho como indicio de la existencia de un nuevo elemento ó cuerpo simple hasta entonces desconocido. A este elemento se le llamó *polonio*; pero falta aun comprobar científicamente su existencia con nuevos datos científicos.

Si la existencia del *polonio* es aun dudosa y si lo mismo sucede con el *actinio* (que se creyó acompañaba al torio), se ha podido comprobar lo del *radio*, nuevo cuerpo simple radio-activo en alto grado. La índole de este artículo no me permite exponer los caracteres propios de este cuerpo y manifestar su individualidad; me limitaré á recordar que de mil kilos de mineral de urano se obtiene medio gramo de bromuro doble de radio y de bario.

Los compuestos de radio presentan en alto grado la radio-actividad. La placa fotográfica que se pone cerca de ellos se ennegrece en seguida. Con ellos se puede obtener del mismo modo que con los rayos de Röntgent; pero, según parece, las imágenes no tienen la misma figura de detalles que los obtenidos con los tubos apropiados para los trabajos con los rayos X. Los rayos del radio seguramente no son todos de la misma naturaleza; una parte puede atravesar placas metálicas de algunos centímetros de espesor, mientras que otra solo atraviesa las placas que sean muy delgadas.

Las sales de radio pierden su actividad cuando se les disuelve en agua: la disolución acuosa es inactiva. Si de la disolución se separa la sal, haciéndola cristalizar, al principio apenas tiene actividad alguna y solo des-

pacio va aumentando ésta hasta llegar á su maximum.

Ya he dicho anteriormente que los rayos de Becquerel, cuando eran algo intensos, podían ser reconocidos mediante la pantalla impregnada de cianuro doble de bario y de platino que se vuelve luminosa. Lo mismo sucede con diferentes otras materias, como el vidrio, el diamante, el espato fluor, el petróleo y aun el agua. Cerca de un cuerpo muy activo el vidrio toma color violeta ó pardo, el sulfato potásico fundido aparece verde. El papel en que se haya tenido envuelto durante largo tiempo un compuesto de radio se vuelve pardo y quebradizo. El aire muy próximo á un cuerpo que tenga gran radio-actividad tiene olor de ozono. Las radiaciones que emiten estos cuerpos pueden llegar á producir profundas inflamaciones en la piel y destruir el vello de un modo duradero; en las plantas verdes hacen desaparecer el color.

A tan singulares propiedades aun hay que añadir otra no menos rara. Del mismo modo que el acero imantado transmite su poder al hierro dulce, así también los cuerpos que emiten rayos de Becquerel tienen el poder de comunicar su radio-actividad á la mayoría de los metales que se les acerquen; sin embargo, esta actividad inducida desaparece pronto.

Según se ha podido ver son numerosos los hechos relacionados con los rayos de Becquerel, por más que no se tenga la más remota idea de cual es la procedencia de su energía, y de como puede conservarse ésta sin perder con el tiempo y casi sin que el cuerpo que le proporciona sufra aparentemente cambio alguno.

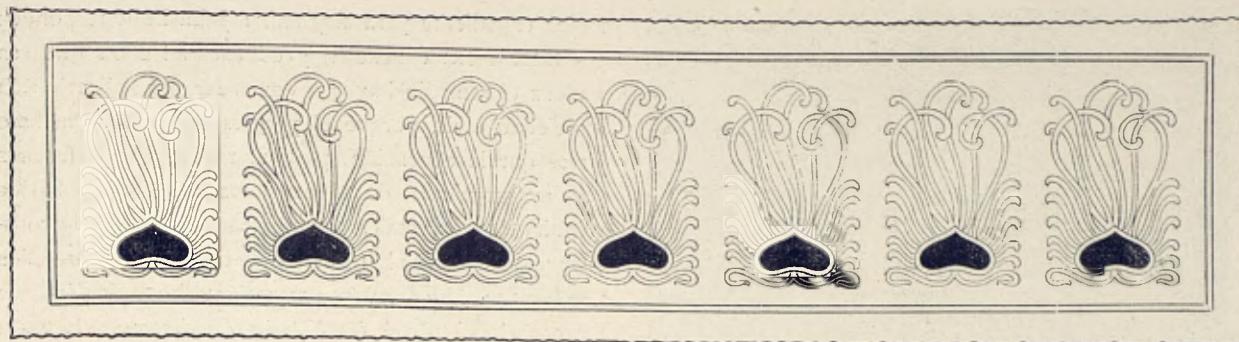
A pesar de que se ha trabajado mucho para estudiarlos, los rayos de Becquerel son aún para conocidos. Es de esperar que poco á poco se irán reuniendo nuevos datos y se podrá fijar leyes experimentales que permitan aclarar la obscuridad en que estamos todavía respecto de unos rayos que atraviesan los cuerpos opacos. Tal vez también se sacará partido de ellos para cosas prácticas como se hace con los rayos Röntgen. La ciencia experimental trata de descubrir siempre hechos nuevos, aun cuando no tengan aparentemente ninguna aplicación á la vida práctica; las aplicaciones vienen después, y las más sorprendentes son con mucha frecuencia sencillas deducciones de un experimento insignificante á primera vista.

DR. CASIMIRO BRUGUÉS



F. DOMINGO

EN LA LINDE DEL BOSQUE



DE LENGUAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

Es posible que las enfermedades del cuerpo social se desarrollen paralelamente en las naciones civilizadas como esflorescencias de un mismo virus en diferentes cuerpos, presentando en todas idénticos síntomas y difiriendo tan solo en la intensidad del padecimiento. Este malestar nervioso, este pesimismo inquieto, este anhelo vago de un cambio salutífero, semejan la turbación profunda de la adolescencia, cuando la oleada de la vida cambia su ritmo e imprime direcciones nuevas al desarrollo, cuando el efebo nota en sus entrañas el empuje poderoso de la virilidad incipiente, y la virgen se acongoja con el extremecimiento de la fecundidad que la invade.

Al estupor de nuestra derrota, ha sucedido en España una melancolía cavilosa en los espíritus apocados y una aspiración ardiente en los más valerosos y cultos. La bandera de la *Regeneración* ondea sobre la multitud aturullada y, paulatinamente, los ojos dejan de mirar al suelo, las lenguas se desatan y el rumor de las voces toma cuerpo, busca encarnación y fórmula. Esta vaguedad de la *Regeneración* no satisface á nadie, y en el esfuerzo para concretar la aspiración naciente, para hacerla pasar del corazón á la cabeza, todo el cuerpo social se extremece, muchísima energía se malgasta y el nervio de la nación es presa de calenturienta inquietud, como un pájaro que está en la muda.

En Inglaterra, país que acostumbramos á mirar como el prototipo de la robustez política, se observa actualmente el desarrollo de la misma neurosis que tanto nos impresiona en España. John Bull se ha dormido en el surco; el experimento militar que un ejército mercenario ha hecho en las nuevas repúblicas sudafricanas, demuestra que el oficio de conquistador se ha puesto ya tan mal como todos los demás oficios, que se han acabado las gangas y que la Inglaterra de hoy no es la Inglaterra de Waterloo y de Trafalgar. El espíritu nacional está dividido y la guerra del Transvaal no solo ha producido una relajación en la fide-

lidad de todas las colonias del vasto imperio británico, sino que ha creado contra Inglaterra una corriente de cordial animadversión en el mundo entero, sentimientos hostiles que se manifiestan sin rebozo en la prensa de Europa y América, pero sobre todo en la de Alemania.

Inglaterra es sobrado orgullosa para sentirse herida por la malevolencia del género humano, pero sus necesidades son enormes y si su preponderancia industrial y mercantil sufriese menoscabo, su decadencia sería espantosamente rápida. Este es el gran peligro, la escueta realidad que los intelectuales del Reino Unido ven aterrados alzarse ante el espléndido lecho donde John Bull, descuidado y ahito, digiere sosegadamente su *roast-beef* y su *whisky*.

En la guerra militar podrán los ingleses salir vencedores, pero en la guerra comercial y manufacturera salen positivamente vencidos. Alemania y los Estados Unidos les han tomado la delantera. Este inesperado giro de la rueda de la fortuna ha engendrado allí la neurosis social, la inquietud melancólica, el vago anhelo de una regeneración saludable que escribe en su bandera «WAKE UP JOHN BULL», despabilate, Juan Lanas.

El pesimismo cunde en todo el imperio. El Príncipe de Gales, al regresar de su largo viaje á fines del año pasado, dijo en un banquete de bienvenida con que le obsequió la ciudad de Londres :

« A vosotros, que tan dignamente representais los intereses comerciales del Imperio, tengo que daros conocimiento de la opinión que más domina entre nuestros hermanos allende los mares, y es que este país nuestro necesita *despabilarse* si quiere conservar su antigua preponderancia en el comercio colonial, á pesar de la competencia extranjera. »

En Inglaterra, como aquí, el remedio que preconizan los más clarividentes parece ser la *educación*. Mister Kenric Murray, Secretario de la Cámara de Comercio de Londres, preguntado por el *Daily News* acerca del



mejor expediente para *despertar* á John Bull, responde :

« Educación, educación y educación ! Para que sea » eficaz el remedio hay que comenzar por aplicarlo á la » sociedad civil, porque el progreso no tiene otra base » más que la educación, particularmente si la referimos » al mejoramiento de la enseñanza elemental. Si los » cimientos elementales no son firmes, falsa será la cons- » trucción comercial, técnica ó científica que sobre ellos » se levante. *Vamos cuatro generaciones detrás de Alemania* » y *casi dos detrás de los Estados Unidos*, no solo en la » educación elemental sino también en los demás ramos » de enseñanza . »

Pero el proceso educativo es largo, las necesidades apremiantes, y el coloso puede desmembrarse antes que el fruto de estos buenos propósitos se haga palpable. En vísperas de la coronación del Rey Eduardo, mientras se preparan festejos sumptuosos y regocijos artificiales, Londres sufre una epidemia de viruela, enfermedad desconocida en Alemania, donde es obligatoria la revacunación. Y con la epidemia de viruela sufre una epidemia de escepticismo. La eterna mentira oficial, que se ha hecho patente en la campaña del Transvaal, sugiere en los corazones ingleses la duda, la desconfianza, el temor de estar representando en el gran drama de la civilización un papel desairado.

Mr. William Digby presenta á la opinión pública en un libro reciente el horroroso cuadro de la dominación inglesa en el Indostán :

« Mirad al fondo y endureced vuestro corazón ante lo » que vais á ver y á oír, porque os va á ser presentada la » suma miseria y vais á contemplar una degradación » mental y política que en ningún país civilizado y pro- » gresivo os será dable encontrar actualmente, y que, con » toda probabilidad, no hallaréis tampoco en los dilatados » anales de la historia . »

En vano la mentira oficial habla por boca de Sir Henry Fowler, ex-secretario de Estado en la India :

« No creo que la historia haya conocido nunca un » gobierno más justo, más benigno, más equitativo, más » pacífico y más venturoso que el gobierno de la Gran » Bretaña en el Indostán . »

Trescientos millones de seres humanos soportan en la India Inglesa la tiranía de una administración expoliadora. Mr. Digby lo demuestra con una imponente masa de datos y números de procedencia extictamente oficial. Lejos de haberse enriquecido la India bajo la mano de la Emperatriz Victoria, ha ido constantemente empobreciéndose, hasta el punto de que toda la población agrícola se halla en un estado lastimoso de hambre crónica. Cincuenta años atrás los indígenas conseguían vivir milagrosamente con un ingreso diario de dos peniques por cabeza ; en 1882 las cifras oficiales demuestran que el ingreso ha bajado á penique y medio ; Mr. Digby sostiene, analizando todas las fuentes de riqueza en 1900 que el ingreso por día y por cabeza no excede de tres cuartos de penique.



Y en esta vasta población de miserables, azotada por el hambre, los ingleses han implantado la administración más dispendiosa y las instituciones civiles mejor retribuidas del mundo.

Si John Bull, nervioso e inquieto, aparta su mirada de Oriente para no enterarse de este cuadro, puede volverla hacia Occidente y verá como sus Antillas son pacíficamente conquistadas por los Estados Unidos. En todas ellas la corriente de la exportación se desvía de Inglaterra. Jamaica en 1900 exportaba al Norte el sesenta y tres por ciento del total y al Reino Unido solo el diecinueve por ciento.

Que mientras John Bull duerme, otras naciones velan y se le adelantan, es fácil verlo hasta en materias que parecen reservadas por la Naturaleza al monopolio inglés. ¿Cuando se habría de soñar que un país tan cercano á Inglaterra como Alemania hubiese de surtirse de carbón en América? Pero con la baja de los fletes el carbón yanki puede venderse en Stettin á 28 chelines la tonelada, mientras la antracita del país de Gales cuesta 27 chelines en Swansea y el flete hasta Stettin 6 chelines más. Si John Bull sigue roncando, todo el mundo se surtirá de carbón en América. El secreto de esta barrabasada de la fortuna, está en el atraso de la minería británica. Los yankis explotan gran número de sus minas por medio de máquinas (coal-cutters). En la Gran Bretaña no hay en la actualidad más que 311 aparatos de esta índole y la cantidad de carbón extraída con ellos no pasa de 3.312.000 toneladas. En los Estados Unidos trabajan 3.125 máquinas y se obtienen con ellas anualmente 45.000.000 de toneladas de combustible.

Pero ¿es posible que estos graves síntomas y estos negros augurios sean una realidad? Nos hemos resignado á la idea de que sólo España está degenerada y maltrecha. Los males que nos afligen nos parecen exclusivamente nuestros, y nos complacemos en envidiar á otras naciones que están en positiva decadencia. De un artículo que Mr. C. W. Sorensen publica en la *Contemporary Review* se pueden entresacar, respecto á Inglaterra, lamentaciones sumamente curiosas. La decadencia de la agricultura británica, la inseguridad del capital dedicado á la labranza, la baja de los granos, la disminución de la renta, la carestía de los transportes por ferrocarril, la mucha tierra dedicada á pastos por falta de capital y de iniciativa, la inferioridad de la raza vacuna, la rutina embrutecedora de los cultivos, el deterioro físico de la nueva generación en las ciudades, ¿no parece que todo esto corresponda á los españoles por derecho propio y sea una floración unívoca de nuestro abatimiento y de nuestra mengua?

No, el viento de la adversidad no sopla sólo para nosotros; pero que esto no nos sirva de consuelo, sino de enseñanza, para que los profetas llorones y los zurcidores de la capa nacional y los filósofos indignados y los arbitristas soñadores se dejen el verso y, mirando resueltamente á la prosa, apliquen un hombro á la rueda.



LA ALEGRIA DE LA CASA

LOS CAÍDOS

PARÍS, como todos los campos de batalla, tiene sus vencidos. A la caída del invierno, salen de la gran ciudad inmensas caravanas friolentas de cuerpos flacos y caras amarillas, que se alejan en diferentes direcciones y van á encallar á los Pirineos, á Malta, á Córcega y á todas las tierras cálidas, desde Nápoles, hasta Alejandría. Los trenes huyen, atestados de hombres, mujeres y niños que ahogan sus toses en abrigos de lana y se calientan los pies en caloríferos portátiles, mirando ávidamente por las ventanillas, como si hicieran provisión de paisajes que no esperan volver á ver.

En la cumbre de las montañas ó al borde del Mediterráneo, abundan los caseríos melancólicos, tajados por avenidas largas y silenciosas, plantadas de árboles muy verdes. Los techos de las casas son rojos, los muros están pintados de colores vivos, el sol cae de lleno sobre las calles y entra por las ventanas como un intruso, pero en la atmósfera hay una tristeza extraña que nadie puede definir.

Todos esos pueblecitos que viven de la muerte, tienen el mismo aspecto de cementerio. Las calles parecen desiertas y abandonadas, como después de un desastre. Las casas se alinean dejando grandes huecos entre sí, como si temieran el contagio. Y solo de tarde en tarde, se divisa la cara amarilla de un enfermo, que pasa sobre un sillón de ruedas, empujado por un lacayo.

Los días de fiesta, cuando los vecinos bajan á la plaza donde toca una murga y las campanas de la iglesia dan grandes saltos, asomándose por las rendijas de las torres, los tuberculosos llegan unos tras otros, acompañados por madres ó hermanos que les sostienen, trayendo abrigos y almohadas. Se instalan al sol, con la cara vuelta hacia los pinos que aparecen por sobre las últimas casas, en la cumbre de la colina. Tienen los ojos hundidos, la piel amarilla, los pómulos puentiagudos, las manos blancas, las orejas transparentes, y los labios teñidos de un rosa muy pálido, como ciertas corolas de rosa thé. Han sido pintores, cortesanas, artistas, enamorados, soñadores y prometidas; han vivido en las grandes ciudades y han luchado; han tenido afectos, ambiciones ó esperanzas, y se encuentran de pronto vencidos, emasculados, desterrados de la vida en un caserío.

La plaza se llena de gente y se oyen conversaciones vacías entre los grupos. Los unos se informan de la salud de los otros y se mienten impresiones favorables, afirmando mejorías problemáticas que nadie puede comprobar. Las familias intervienen y confirman la inocente mentira, para evitar los desalientos. La música repite sin cesar sus mismas polcas antiguas. Y todos parecen niños caprichosos que se entretienen con frivolidades bajo la vigilancia de las institutrices.

A veces una enferma y un enfermo jóvenes, vecinos de silla, y compañeros de paseo, sienten revivir las quimeras de antaño y esbozan un amorío de adolescentes, con el vago presentimiento de que realizan, ella, su último *flirt* y él su postrera aventura.

Pero hay una amenaza tan inflexible en la atmósfera, que

los padres y los tutores callan, dejándoles correr tras un peligro irrealizable.

Cuando el mar está tranquilo y el sol cae de lleno sobre la ensenada, hay muchos tuberculosos que se hacen llevar hasta el embarcadero y ensayan excursiones tímidas hacia la puerta del Océano. Una involuntaria glotonería de aire les lleva á buscar los sitios más anchos y á respirar á grandes sorbos, como si quisieran hacer el vacío para los demás. Las barcas parten y se alejan con sus velas blancas tendidas y un marinero en la popa. Los enfermos descansan sobre sillas que se alargan como lechos. Visten trajes claros y telas de colores vivos que contrastan con la pálidez de los rostros. Algunos hojean un libro ó un periódico de París. Y así que el sol declina, las embarcaciones están de regreso y todos vuelven á sus prisiones, unos en carruaje, otros en sillón de ruedas, otros á pie, apoyados sobre un bastón.

La monotonía de la vida en la pequeña ciudad provincial, es desesperante. De mañana sólo se ven los carrajes que se detienen ante los chalets. El médico desciende, entra en la casa y sale al cabo de un rato acompañado por un padre ó un hermano que insiste y le apura, como si quisiera arrancarle una promesa imposible. Por las ventanas abiertas se ven á veces caras graves y pensativas que escudriñan la soledad. De tiempo en tiempo aparece el dependiente de una droguería con una bolsa de oxígeno bajo el brazo. Y por las conversaciones sorprendidas al velo entre dos proveedores ó á la puerta de un almacén, se sabe la agonía de X ó la muerte de Z que ayer eran nuestros vecinos en la plaza.

Al caer la tarde, suele pasar su entierro, rodeado de cierta pompa teatral que contrasta con la simplicidad de la naturaleza. Los caballos cubiertos de paños negros, el carro con filetes amarillos y los lacayos indiferentes, están en oposición con el paisaje. Los enfermos ven pasar el convoy con cierta amargura resignada. ¡Un compañero menos con quien escuchar el domingo las polcas antiguas de la murga de la ciudad!

En el silencio de la noche, cuando el caserío dormita bajo la luna y la floresta de pinos levanta su masa negra en la cumbre de la colina, se oyen á veces las canciones malvadas de los muchachos del país:

*Que vengan los moribundos;
Aquí los tratan muy bien:
El cementerio es tan grande
Que todos caben en él.*

Los enfermos son de toda nacionalidad y toda categoría. Hay parisienses, coquetas que parecen escapadas de una novela de Prévost y tosen escondiendo los labios en pañuelos de batista, sin olvidar su elegancia para remangarse el vestido; ingleses correctos y graves que traen los bolsillos llenos de periódicos y se hacen llevar en brazos hasta la iglesia protestante; rusas ensimismadas, de ojos celestes y cejas rubias; y españoles de tez cobriza que se acuestan envueltos en la capa. Ese conjunto heterogéneo

se funde en un grupo armónico. Parece que todos olvidáran su origen y se creáran una nueva patria común, en las lejanías de un destino.

La calle principal del pueblo está llena de modistas que trabajan día y noche, haciendo vestidos de seda que las enfermas ensayan una vez y abandonan enseguida en el armario para estrenar otro, como si quisieran agotar en dos meses la provisión de telas que habrían consumido en muchos años. Parece que Mimi Pinson y Marguerite Gautier tuvieran celos de sus rivales y soñaran acaparar, antes de morir, todo el arte y todo el ingenio de las costureras.

Para los enfermos que se dedican á catalogar medallas ó trastos viejos, hay grandes almacenes de anticuarios. Las vidrieras están atestadas de bronces enmohecidos, porcelanas rotas y muebles cubiertos de polvo que aguardan una mano que los descubra. Allí hay sillones Luis XV, grabados meticulosos de artistas del siglo XVII, bomboneras de esmalte, encajes raros, manuscritos del Rey, y muebles inexplicables y arcáicos que parecen construidos con el único fin de mostrar gráficamente la diferencia entre dos épocas. Los tuberculosos aficionados á esas exhumaciones, se hacen conducir hasta el almacén del anticuario y revuelven todas aquellas cosas que han muerto, con un gesto grave de viajeros ante un enigma.

Para los intelectuales, las dos librerías de la ciudad se convierten en santuarios que exigen una peregrinación diaria. Son algo así como un rincón de París al que se puede entrar con corbata *Lavallière* y pipa entre los dientes. Los parroquianos son pocos y,—aparte de dos ó tres profanos, prisioneros de la moda, que quieren poseer un *Quo Vadis*, para dejarlo sobre la mesa del salón,—todos son directa ó indirectamente del oficio. Su destreza para orientarse en las estanterías y su laconismo para informarse de las últimas publicaciones de Stock ó de Fasquelle, establecen entre ellos una especie de franc-masonería. Es fácil reconocerlos en un detalle: demuestran una predilección rara por autores que, como Rodenbach, Jean de Tinán ó Emmanuel Signoret, han dejado obras inacabadas como sus vidas.

Á veces hay *matinée* en el teatro de la ciudad. Y es de ver como los asiduos de los grandes coliseos de Europa, aplauden á los cómicos famélicos que estropean los versos de *Ruy Blas*.

Los que todavía pueden salir, van en carruaje hasta la puerta del teatro y asisten á las escenas más inverosímiles con una indulgente credulidad de niños. La sala parece un hospital. Durante los entreactos se oye toda la gama de las toses, desde la muy profunda, que parece resonar en el fondo de una

caverna, hasta la apenas perceptible, que acaba en una burbuja de sangre. Y apesar de los roces y el espectáculo de tantos compañeros vencidos, nadie parece tener una visión neta de la muerte.

Cuando salen, los carruajes se dispersan por la ciudad y cada cual vuelve á su sillón de incurable. La resignación parece ser parte de la enfermedad misma. Algunos llegan hasta á felicitarse de la calma y el retiro en que viven. El recuerdo de viejas decepciones y antiguas luchas, les hace saborear quizá el placer de hallarse lejos de la batalla humana. Pero como todas las casas miran hacia la estación, ningún enfermo ve salir sin tristeza los trenes rápidos que huyen hacia la gran ciudad,—hacia la vida.

MANUEL UGARTE



A. MAS Y FONDEVILA

DEVOTA

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

QUIERO daros un consejo», dijo Hagen. «Preguntad al señor Dietrich y á sus buenos guerreros con que intenciones nos ha hecho venir aquí la señora Crimilda.»

Los tres reyes comenzaron á hablar entre sí, el señor Gunter y Gernot y el señor Dietrich. «¿Dinos, noble y buen caballero de Berna, en que disposición has visto á la reina?»

El héroe de Berna contestó: «Qué queréis que os diga? Todas las mañanas veo llorar y lamentarse de sus desgracias á la esposa de Etzel, la señora Crimilda y quejarse al Dios del cielo de la muerte del valeroso Sigfrido.»

«No nos es posible librarnos», dijo el fuerte Volker, el músico: «Iremos á la corte y veremos qué puede pasar á los atrevidos héroes entre los Hunos.»

Los fuertes Borgoñones se dirigieron á la corte vestidos suntuosamente según la usanza de su país: muchos fuertes hombres de entre los Hunos, admiraban la gallardía de Hagen.

Como lo referían, el pueblo supo bien pronto que él era quien había matado á Sigfrido el del Niderland, al guerrero más fuerte, al esposo de Crimilda: en la corte se hacían muchas preguntas acerca de Hagen.

El héroe era de magnífico aspecto, ancho de espaldas; sus cabellos eran grises; largas sus piernas, su rostro feroz y su andar imponente.

Los guerreros Borgoñones fueron llevados á sus alojamientos, quedando separados de ellos los del acompañamiento de Gunter. Esto era por consejo de la reina que lo odiaba: más tarde los escuderos fueron degollados en sus aposentos.

Dankwart, el hermano de Hagen, era mariscal: el rey le recomendó mucho su acompañamiento para que le dieran cuanto pudiera necesitar. De todo cuidaba con esmero el fuerte héroe.

La hermosa Crimilda, rodeada de su acompañamiento, fué á recibir á los Nibelungos con falsa intención. Besó á Geiselher y lo cojío de la mano. Al ver esto Hagen de Troneja, se ciñó mas su yelmo.

«Después de semejantes saludos», dijo Hagen, «bien pueden tener cuidado los intrépidos guerreros. Saludan de distinto modo á los príncipes y á los que con ellos vienen: no hemos hecho buen viaje viniendo á esta fiesta.»

Ella dijo: «Sed bien venidos para los que os ven con gusto. No os saludo por la amistad con que os veo. Decidme que me traéis de Worms, sobre el Rhin, para que seáis bien venido para mí.»

«¿Qué queréis decir?» replicó Hagen. «¿Debían traeros regalos estos guerreros? Os creía bastante rica, según me han dicho, y por esto no he traído presente ninguno al país de los Hunos.»

«Pues bien, decidme, ¿del tesoro de los Nibelungos qué habéis hecho? Me pertenecía, bien lo sabéis, y esto podíais haberlo traído al país del rey Etzel.»

«Por mi fe, señora Crimilda, que hace muchos días que no he visitado el tesoro de los Nibelungos. Mis señores me mandaron arrojarlo al Rhin, y allí debe permanecer hasta el día del juicio.»

La reina le replicó: «Ya me lo había yo pensado: nada me habéis traído aquí de los bienes que eran míos y de que podía disponer. Por tí y por tus señores he tenido muchos días de pesar.»

«¡Os traigo al demonio! exclamó colérico Hagen. «Vengo cargado con mi escudo, mi armés, mi brillante yelmo y la espada en la diestra: por esto no os traje nada.»

«No me expreso de esta manera por que desee más oro: tengo tanto para dar que no necesito de vuestros obsequios. Un asesinato y varios robos se han cometido por mi mal y de esto, pobre de mí, quisiera hallar satisfacción.»

La reina dijo después á los guerreros reunidos: «Ninguno llevará espada en esta sala, vosotros, héroes, me las entregaréis; las haré guardar.» «Por mi fe», respondió Hagen, «yo no haré eso.»

«Rehuso el honor, amable hija de reyes, de que llevéis á vuestro aposento mi escudo y mi armadura; vos sois aquí la reina, pero mi padre me enseñó á que yo fuera mi camarero.»

«¡Oh, qué dolor! exclamó Crimilda: ¿por qué ni mi hermano ni Hagen quieren que se les guarde sus escudos? Están sobre aviso y si supiera quien se lo ha dado, lo haría condenar á muerte.»

Al escuchar esto, dijo con cólera Dietrich: «Yo soy quien ha avisado á los ricos príncipes y al fuerte Hagen, el héroe de Borgoña: sin embargo, mujer de los demonios, no me haréis sufrir pena ninguna.»

La noble reina se sintió confusa, pues el héroe Dietrich le causaba miedo. Se separó de ellos sin pronunciar una palabra, pero lanzó á sus enemigos furiosas miradas.

Entonces dos guerreros se estrecharon la mano, el uno era Hagen, el otro Dietrich. El héroe valeroso dijo: «Vuestro viaje al Huneland me causa pena.»

«Porque la reina os ha hablado así.» Hagen de Troneja le respondió: «Estaremos con cuidado á todo.» Esto dicho, los héroes avanzaron el uno al lado del otro. Al ver esto, el rey Etzel preguntó:

«Quisiera saber, quién es el guerrero que tan amistosamente ha sido recibido por Dietrich; parece muy animoso: sea quien fuere su padre, parece un buen guerrero.»

Uno de los hombres de Crimilda respondió al rey: «En Troneja ha nacido; su padre se llamaba Aldriano; aunque parezca agradable es un hombre terrible: ya os probaré que no he mentido.»

«¿Cómo conoceré yo que es terrible?» El rey no sabía aún los crueles lazos á que después atrajo la reina á sus parientes, de tal modo que ni uno pudo volver á salir del Huneland.

«Conocí mucho á Aldriano, pues fué vasallo mío: gloria y grande honor adquirió aquí á mi lado. Yo lo hice caballero y le dí mi oro; como me era fiel lo quería mucho.»

«Por esto conozco todo lo que á Hagen se refiere: dos nobles niños estuvieron aquí en gajes: él y Walter de España crecieron aquí. A Hagen lo envié á su patria; Walter huyó con Hildegunda.»

Así pensaba en los hechos ocurridos en los pasados tiempos. Volvía á ver á su amigo el de Troneja que en su juventud le prestó grandes servicios. Ahora en su vejez, Hagen le mataría muchos amigos.

XXIX

DE COMO NI HAGEN NI VOLKER SE PUSIERON DE PIE ANTE CRIMILDA

Los dos héroes dignos de alabanza, Hagen de Troneja y Dietrich se separaron. El vasallo del rey Gunter miró por encima del hombro buscando un compañero de armas, que haló en seguida.

Allí cerca de Geiselher estaba el notable músico Volker; le rogó que lo acompañara, pues sabía que era muy amigo de querellas. Volker era en todo un noble y valiente caballero.

Dejaron á los príncipes en la corte y marcharon solos á través de ella dirigiéndose hacia un gran palacio. Aque-llos guerreros escogidos no temían el rencor de nadie.

En aquella morada sentáronse en un banco que había frente al salón en que estaba Crimilda. Sus armaduras esparcían reflejos luminosos al rededor de ellos. Muchos de los que los veían hubieran deseado conocerlos.

Los Hunos veían con admiración á los atrevidos héroes, lo mismo que se mira á las fieras. La esposa de Etzel los vió desde la ventana y tal vista le afligió el alma.

Ellos le hacían recordar sus sufrimientos y rompió á llorar. Los guerreros de Etzel se extrañaban sin saber que era lo que causaba su aflicción. Ella dijo: «Hagen tiene la culpa, buenos y valientes héroes.»

Respondieron á la señora: «¿Cómo es eso?» pues nunca os hemos visto contenta. Por fuerte que sea el que os ha agraviado, decidnos que os venguemos y le daremos muerte.»

«Al que me vengue de las penas sufridas le daré todo cuanto desee. Yo os lo pido de rodillas», añadió la esposa del rey, «vengadme de Hagen, hacedle perder la vida.»

Inmediatamente se ciñeron las espadas sesenta guerreros. Por amor á Crimilda querían salir del salón al encuentro de Hagen y matar al fuerte héroe y al músico; hablaron acerca de esto.

Viendo la reina que eran pocos, dijo con brío á los guerreros: «Desechad la resolución que habéis tomado; siendo tan pocos, nunca podréis luchar contra el terrible Hagen.»

«Por fuerte y altivo que sea el de Troneja, más fuerte es aún el que está sentado á su lado, Volker el músico; es un hombre terrible: no debéis atacar á esos héroes siendo tan pocos.»

Al escuchar esto se armaron mayor número de ellos, hasta cuatrocientos. La soberbia reina sintió alegre el corazón pensando que quedáranse vengadas sus ofensas. Los guerreros no dejaron de sentir grandes cuidados.

Cuando vió armado á su acompañamiento, la reina dijo á los atrevidos guerreros: «Esperad todavía, permaneced quietos aún. Quiero pasar con la corona por delante de mis enemigos.

«Quiero decir todo el mal que me ha hecho Hagen, el compañero de Gunter. Sé que es tan impertinente que no lo negará; pero tampoco me importará el mal que le suceda.»

Cuando el hábil tañedor de laud, el fuerte músico, vió á

la reina bajar los escalones para salir de la casa, el fuerte Volker se volvió hacia su compañero de guerras y le dijo:

«Mira, amigo Hagen, como se adelanta altiva la que con mala fe te ha invitado para que vengas á este país. Nunca vi á una reina acompañada de tantos hombres, con las espadas desnudas y las armaduras puestas.

» ¿Sabeis, amigo Hagen, si os odian? Si estas son vuestras noticias, cuidad de vuestra vida y de vuestro honor; esto me parece conveniente, pues si no me engaño parece que sienten gran cólera.

» Todos son anchos de espaldas, fuertes y valientes; tiempo es de defender la vida. Creo ver que bajo la seda traen las corazas, pero nadie nos ha dicho lo que quieren.»

Así dijo con ira reconcentrada Hagen, el fuerte hombre: «Bien sé que todos traen en las manos las brillantes espadas para atacarme; pero aun puedo salir de aquí y volver á Borgoña.

» Ahora dime, amigo Volker, ¿me harás el favor de ayudarme si la gente de Crimilda me quisiera atacar? Contéstame á esto en nombre del cariño que me tengas, yo por mi parte os serviré siempre fielmente.»

«Os ayudaré» le contestó Volker «y aun cuando viera venir en contra nuestra al rey Etzel con todos sus guerreros, mientras tenga vida, el temor no me hará retroceder un paso de vuestro lado.»

«¡Ahora doy gracias al Dios del cielo, muy noble Volker! Si me atacaran, ¿qué otra ayuda puedo desear? Puesto que me queréis socorrer, según he oido, la cuestión será peligrosa para esos guerreros.»

«Levantémonos de nuestros asientos» dijo el músico. «Hija de reyes es la que pasa. Hagámosle los honores á la noble reina! Así seremos más honrados.»

«¡No! por lo que me quieras!» replicó Hagen enseguida. «Esos guerreros podrían creer que lo hacíamos por miedo y que nos queríamos ir. No me levantaré de mi asiento por ninguno de ellos.»

«Bueno es que nos dejemos de cortesías. ¿Por qué hacer honores á quien me odia? No, nunca los haré por larga que sea mi vida. ¿Qué puede importarme en el mundo el odio de Crimilda?»

El soberbio Hagen cruzó sobre sus rodillas una brillante espada, en cuyo pomo había un jaspe deslumbrador, verde como la yerba. Crimilda reconoció muy bien que era la de Sigfrido.

Al reconocer la espada experimentó grande aflicción.

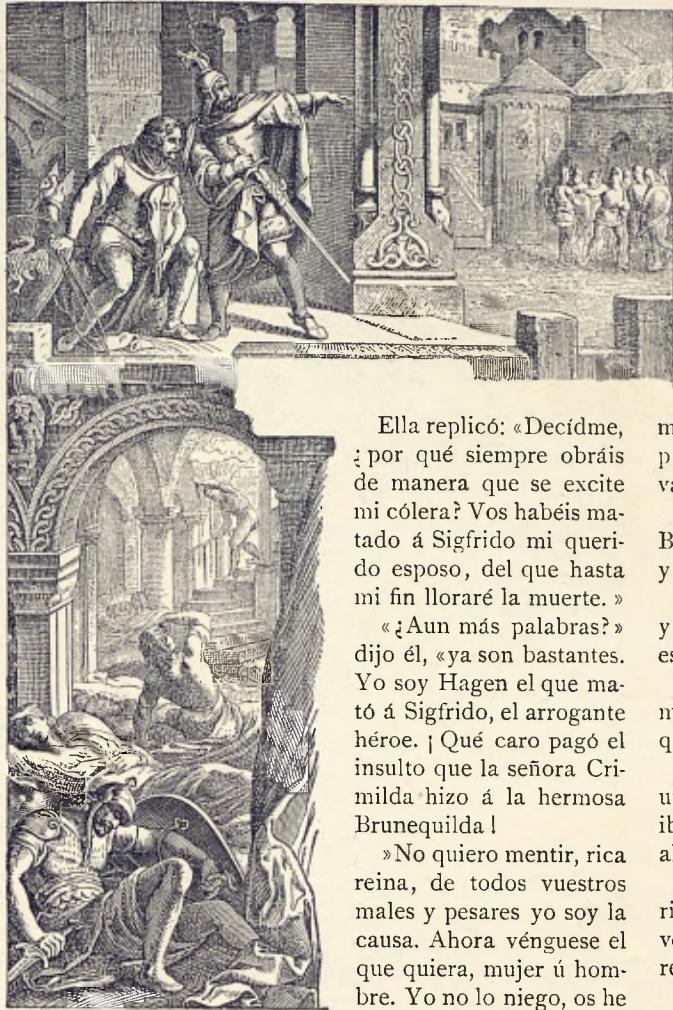
El puño era de oro, la vaina de galón rojo. Acudieron á su mente todos sus pesares y rompió á llorar. Creo que Hagen lo había hecho de exprofeso.

Volker el fuerte colocó á su lado, en el banco, un duro arco, largo y fuerte semejante á un acerado machete. Allí permanecieron sentados sin ningún temor aquellos dos guerreros valerosos.

Los dos fuertes héroes estaban con tanta altivez que por temor de que se creyera otra cosa, no se levantaron de sus asientos. La reina pasó por delante de ellos y les hizo un saludo en el que se advertía el odio.

Ella dijo: «Me parece, señor Hagen, que sabéis todo el mal que habéis hecho á quien os ha mandado buscar, á quien os ha invitado á venir á este país. Obrando con un poco de juicio debíais haber renunciado.»

«Nadie me ha mandado buscar», respondió Hagen. «Pero han invitado á este país á tres héroes que son mis señores; yo soy de sus huestes y nunca me he quedado atrás cuando la corte hace una expedición.»



Ella replicó: «Decídme, ¿por qué siempre obráis de manera que se excite mi cólera? Vos habéis matado á Sigfrido mi querido esposo, del que hasta mi fin lloraré la muerte.»

«¿Aun más palabras?» dijo él, «ya son bastantes. Yo soy Hagen el que mató á Sigfrido, el arrogante héroe. ¡Qué caro pagó el insulto que la señora Crimilda hizo á la hermosa Brunequilda!»

«No quiero mentir, rica reina, de todos vuestros males y pesares yo soy la causa. Ahora véguese el que quiera, mujer u hombre. Yo no lo niego, os he causado grandes penas.»

Entonces dijo ella: «Ya lo oís, guerreros, no niega ninguno de los males que me ha causado; ya no me inspira cuidado, nada de lo que le pueda suceder, hombres de Etzel.» Los feroz guerreros comenzaron á mirarse.

Si se hubiera comenzado el combate, el honor habría sido para los dos compañeros que tantas veces habían vencido en las batallas. Pero el temor les hizo abandonar el intento que habían formado.

Así dijo uno de los guerreros: «¿Por qué me miráis? No quiero realizar lo que había prometido: por obsequios de nadie quiero perder la vida. Mal nos quiere guiar la esposa del rey Etzel.»

Otro dijo: «En el mismo sentido me hallo yo. Aunque me dieran torres enteras de oro rojo y bueno, no querría combatir con ese músico, pues horribles son las miradas que le he visto dirigir.

»También conozco á Hagen desde su juventud, y creo cierto cuanto de él hayan dicho. Lo he visto en veinte y dos combates, y por sus hechos muchas mujeres han sentido su corazón roto.

»El y el de España han realizado muchas proezas cuando al lado de Etzel combatían en honor del rey. Con mucha frecuencia ha sucedido, y por esto no puede dudarse del honor de Hagen.

»Entonces el guerrero era casi un niño; los jóvenes de aquel tiempo han envejecido ya. Está en todo el vigor de su espíritu, y es un hombre furioso: ciñe la Balmung que adquirió de una manera desleal.»

Después de esto, se separaron sin librarse combate, lo

cual fué para la reina un pesar de corazón. Los guerreros se retiraron de allí, pues tenían miedo á la muerte de mano de los dos héroes: hubiera sido para ellos un gran peligro.

El fuerte Volker dijo: «Ya hemos visto que tenemos aquí enemigos según nos habían anunciado, vamos á reunirnos con el rey en la corte, y nadie se atreverá á dirigir un ataque contra nuestros señores.»

«Está bien, os sigo» respondió Hagen. Fueron á reunirse con los arrogantes guerreros que se preparaban para ser recibidos en la corte. Volker el fuerte hablaba en alta voz.

Dijo á sus señores. «¿Cuánto tiempo vais á permanecer aquí dejándoos estrujar? Id pronto á la corte y procurad saber cuales son las intenciones del rey.» Los valientes guerreros comenzaron á reunirse.

Dietrich de Berna, tomó de la mano al rico Gunter de Borgoña; Irnsfrido tomó la de Gernot el fuerte caballero, y vióse ir hacia la corte á Geiselher con su suegro.

De cualquier modo que fueran, no se separaron Volker y Hagen hasta la muerte, sino en un solo combate. Por esto lloraron pesarosas muchas nobles mujeres.

Vióse ir hacia la corte á los reyes con su acompañamiento de mil fuertes guerreros; además los sesenta héroes que había escogido en su país el valeroso Hagen.

Hawart é Iring, dos notables guerreros, marchaban el uno al lado del otro acompañando á los reyes. Después iban Dankwart y Wolfhart, un héroe distinguido, que en altas virtudes excedían á los demás.

Cuando el rey del Rhin entró en el palacio, Etzel el rico no permaneció sentado. Se levantó de su asiento al verlos llegar, y nunca hasta entonces habían tenido mejor recibimiento los reyes.

«Bienvenidos para mí, señor Gunter y señor Gernot y vos su hermano Geiselher. Os hice ofrecer con afección y lealtad mis servicios en Worms sobre el Rhin; bienvenido sea también todo vuestro acompañamiento.

»Seáis también bienvenidos á este país para mí y para mi esposa vosotros valientes guerreros, Volker el fuerte y vos señor Hagen. Ella os envió muchos mensajeros al Rhin.»

Así le contestó Hagen de Troneja. «Ya lo he sabido. Si no hubiera venido con mis señores al país de los Hunos, lo habría hecho solo por tener este honor.» Entonces el noble rey tomó á sus amados huéspedes de la mano, y los condujo á los asientos que tenían preparados. Escanciaron con la mejor voluntad á los extranjeros, hidromiel, moral y vino en copas de oro, y manifestaron contento por la feliz llegada de los guerreros.

El rey Etzel dijo: «Puedo aseguraros que nada me podía ser tan agradable en este mundo como el que vosotros, héroes, hayáis llegado. También la reina desechará la tristeza que la posee.

»Muchas veces me preguntaba con extrañeza que os podía haber hecho, yo que á tantos huéspedes he recibido en mi país, para que no quisierais venir á mi reino. Para mí es un gran placer ver aquí á mis amigos.»

Así le respondió Rudiguero, el caballero altivo: «Podeís recibiros bien; su buena fe es grande: los hermanos de mi señora han querido honraros, pues han traído en su compañía muchos nobles héroes.»

(CONTINUARÁ)



J. L. E. MEISSONIER

LA RIÑA



A ELLA

Ya llegó la primavera
con sus efluvios de amores,
tendiendo mantos de flores
sobre la verde pradera.
De venturas mensajera
bate sus alas de oro
y vierte el rico tesoro
de dulces inspiraciones,
despertando corazones
con su cántico sonoro.

Canta el ave en la vecina
y solitaria arboleda;
el viento el eco remeda
de su estrofa peregrina,
más verde está la colina,
el mar se mira distante
revolviéndose gigante
bajo su espumoso velo,
y está más azul el cielo,
y el sol está más brillante.

El corazón al latir
en la cárcel de mi pecho,
halla su recinto estrecho,
nuevas ansias al sentir.
En nuevo espacio vivir
pretende en su despertar,
que en trinidad singular
y en conjunto seductor
le brindan besos de amor
la tierra, el cielo y el mar.

Llega mi prenda adorada,
de mi dicha á ser testigo,
y recorrerás conmigo
la campiña perfumada.
Nueva aurora afortunada
veré transcurrir sereno,
y, á todo cuidado ageno,
te dará mi amor ardiente

guirnaldas para tu frente
y rosas para tu seno.

Al disfrutar tu mirada
llena de anhelo profundo,
soñaré que surge un mundo
de las sombras de la nada.
Contemplaré disipada
la triste duda que esconde,
y del pecho en lo más hondo
copiará raro espejismo
las negruras de un abismo
que oculta el cielo en su fondo.

Mi corazón oprimido
sienta el roce de tu mano,
surja el amor soberano
á su potente latido.
Ven, formaremos el nido
de nuestros castos amores;
Entre campestres olores
viviremos orgullosos,
y nos verán envidiosos
auras, pájaros y flores.

Rosa y señora serás
de las rosas de mi huerto;
cual palmera en mi desierto
fresca sombra me darás.
Amante realizarás
mis ilusiones más bellas,
y nuestras dulces querellas
probarán, mujer querida,
que sin amor es la vida
como un cielo sin estrellas.

El arrullo de los mares
y del viento los gemidos
escucharé confundidos
con tus lánguidos cantares.
Del amor en los altares

nuestros cantos elevados
se perderán arrullados
por otras dulces canciones,
con ritmos de corazones
que laten enamorados.

Nubes de melancolía
no eclipsarán tus auroras,
serán minutos las horas
y muy breve será el día.
Mas cuando noche sombría
envuelta en su denso velo,
cubra de nieblas el suelo
y en el alma siembre enojos,
con los rayos de tus ojos
alumbrará tierra y cielo.

Pues no hay noche junto á tí,
ni tristezas á tu lado,
es amarte y ser amado
todo un mundo para mí.
Ni más dicha pretendí,
ni más gloria imaginé;
que tanto y tanto soñé
en tu divina hermosura,
que fué parte en mi ventura
lo mucho que te adoré.

No habrá dudas ni temores
que mitiguen las delicias
de tus amantes caricias
y de tus sueños de amores.
Mas si en hora de dolores
la muerte con sus abrazos
rompe los benditos lazos
de amor tan inmenso y fuerte
¡ Hallaré dulce la muerte
por recibirla en tus brazos !

Narciso Díaz de Escovar

Fotografía Artística

HISPANIA no aspira solamente á servir á sus lectores en la esfera en que puede realizarlo toda publicación que desea *hacer arte* por sí misma, sino que extendiendo sus medios se propone vivir más que hasta ahora en contacto espiritual con aquellos.

Hispania no abre propiamente un concurso de fotografías, pero ofrece sus páginas á aquellos de sus lectores (*amateurs*, no profesionales) que satisfacen esta afición con gusto artístico, agradeciendo la colaboración que en este particular se le ofrezca.

No es necesario sujetar á base alguna nuestro llamamiento, porque el buen juicio de nuestros futuros colaboradores sabrá discernir entre lo artístico-fotográfico y lo fotográfico simplemente. Escenas, tipos, costumbres, paisajes, todo cabe en el dominio del aficionado artista.

Hispania reproducirá los *clíchés* dignos de la publicidad con la perfección material que ha sido siempre su característica, reservándolos luego á disposición de sus autores, cuyos nombres firmarán las correspondientes reproducciones.

Ocioso parece añadir que á cada *clíché* deberá acompañar una prueba y una sencilla noticia del asunto, dirigido todo ello en las mejores condiciones



de seguridad del cristal ó película á la dirección de **H**ispania, la cual acusará oportunamente recibo.

* * *

Ya han podido apreciar nuestros lectores que nuestro llamamiento á la afición fotográfica ha sido atendido por los *amateurs* inteligentes de Barcelona.

En números pasados hemos publicado *clíchés* verdaderamente notables, que hemos procurado reproducir con toda perfección, y en el presente publicamos tres del inteligente *amateur* D. Vicente Oliver, que por elección de asunto y finura del *clíché* nos parecen dignos de ver la luz.

Dichos *clíchés* están tomados durante la visita que hizo á España la tribu de esquimales, y en ellos pueden apreciarse los pintorescos trajes de este extraño pueblo que vive en las regiones casi inexploradas del círculo polar.

Las instantáneas del Sr. Oliver han sorprendido á los esquimales en los momentos en que se entregaban á sus juegos peculiares, bien inocentes, como todas las costumbres de este pueblo primitivo.





LO QUE SE LEE

PAISAJES PARISIENSES, por Manuel Ugarte, con prólogo de Miguel Unamuno.

La mejor prueba del gusto con que hemos leído este libro está en el hecho de no haber resistido á la tentación de copiar algo de él.

En este mismo número puede ver el lector el capítulo *Los católicos* que cortamos de los *Paisajes parisienses* de Ugarte.

El prólogo de Unamuno es muy notable.

ARCHIVO MENUDO

Cómicos y autores — Hasta el siglo XVII no se introdujo en Francia la costumbre de anunciar las funciones de teatro por carteles, pero al principio no daban ni el nombre del autor de la obra ni los de los cómicos que la hacían.

En 1617 se imprimió por vez primera el nombre del autor en el cartel. Los cómicos tuvieron que aguardar hasta fines del siglo XVIII.

Animales procesados — Los ha habido, y en gran cantidad.

En 1554 fueron excomulgadas las sanguijuelas por el obispo de Lauzanne porque se comían los peces del río.

En Chalons sur Saone fué procesado un cochino — con perdón sea dicho — por haberse comido un niño. El succulento animal fué condenado á la horca y ejecutada la sentencia.

En Autun y á principios del siglo XVI se formó proceso á las ratas, y lo que es más curioso, se las nombró por defensor de oficio á Chasseneux.

La herencia de María Antonieta — Por una curiosísima acta de subasta descubierta hace pocos días en los archivos del Sena, se sabe cuáles fueron los objetos hallados sobre el cuerpo guillotinado de la infeliz reina.

Aquellos fueron: una cartera de tafilete verde que contenía tijeras, sacacorchos, pinzas, peine y un espejito de marco, y tres retratos con marco de *chagrin* verde.

Todo fué tasado en diez francos quince céntimos.

La tumba de un perro — Existe en el *Cementerio de perros* de París.

Se trata de un magnífico perro de San Bernardo sobre cuya tumba le ha representado el escultor saltando riscos y llevando sobre el lomo un niño.

Al pie se lee lo siguiente: "Salvó la vida á cuarenta personas, y fué muerto por la cuarenta y una."

Por algo cuando Schopenhauer quería insultar á su perro le llamaba *hombre*.

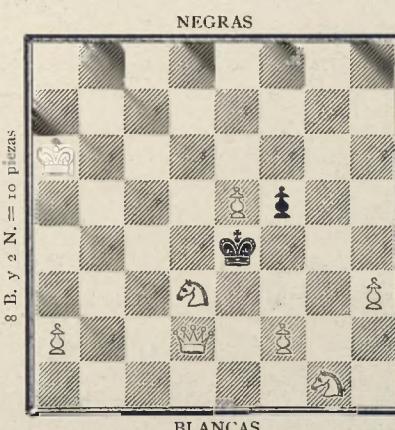
HOJAS SELECTAS, revista para todos.

He aquí el sumario del tercer número.

El ilustre pintor italiano Domingo Morelli, con 8 grabados. — La navegación sobre el hielo. — Pascua florida, novela de G. Martínez Sierra. — Variedades. — El perro rabioso (historieta muda). — Cangrejos de mar, cangrejos de río y otros crustáceos. — Historia de la Locomotora. — Algunos consejos acerca de los cuidados de que debemos rodear á nuestros pequeñuelos. — El Río de Oro (continuación). — Los hijos de Padilla. — Arte moderno. — Panorama universal. — Nota política. — La moda parisense. — Pasatiempos.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 46.— J. DRTINA



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 45, POR A. G. FELLOWS

1. C 3 A D, etc.

ESTADAS GEGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño.

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadrado, 12 PESETAS

LITOGRÁFIA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

·BARCELONA·